

# Un paso más y disparo

Anahí García



# Capítulo 1

## **Un paso más y disparo.**

Dormitaba arriba de un caballo que fue mi aliado durante no sé cuántas horas de trote, estaba herida, mi rifle en el bolso, pocas balas, el aire frío me daba en la cara. Amanecía cuando arribamos a un pueblo donde me alojé una noche.

Debería empezar por el principio, soy desorganizada como se darán cuenta.

Cuando era niña, mi madre decía que a las armas las carga el diablo, pero una mujer sola necesita saber disparar. Mis padres estaban cada uno en sus mundos y no notaban las señales de mis dibujos: soles invertidos, vestidos con puntitos y llantos en las nubes. Si un niño llora repentinamente y se aísla de todos ¿no te parecería raro? ¿no dudarías de que alguien perverso le hizo daño?

Mi hermana me quería mucho, pero yo me encargué de alejar a las personas que quiero y pasar una adolescencia solitaria. En ese momento no me daba cuenta de que tenía apego evitativo, haciendo terapia me di cuenta de mi historial de auto boicot.

Estudié en la ciudad neón, que tiene un millón de habitantes. Allí era una pueblerina tonta y en el pueblo donde vivo soy una ciudadina tonta. Me enamoré a los 20 pero al mismo tiempo me encargué de alejarlo. Era un joven de familia tradicional, sus padres me odiaban porque yo era pobre en esa época, no saben que ahora vivo en una casa en el campo. Lo presionaron un poco para que se casara con una chica de "buena familia", sumisa, manipulable o al menos en apariencia. Me enamoraría muchas veces después de eso.

A los 24 tuve una quiebra fuerte, muchas personas me soltaron la mano, tuve negocios fallidos. Todas las personas que podían decepcionarme lo hicieron, supongo que yo también.

Presente. Tengo 31 años. Una o dos veces al año, voy a la peluquería. Tengo una melena corta, fácil de manejar, que no requiere mucho tiempo. Me levanto a las seis o siete, visito mi huerta para ver el crecimiento de las hortalizas. Cosecho las que están listas y las llevo al centro del pueblo para venderlas. Las personas saben que me gusta bajar mis cajones y que nadie toque mi auto

A veces me preguntan por mi madre, desde que usa la silla de ruedas no sale tanto. Cuando su enfermedad no estaba tan avanzada, era la mejor vendedora por su capacidad para conversar con la gente, algo que debo

hacer por motivos de trabajo por más que no me de placer ni gracia.

Vivimos al día, no nos falta nada ni nos sobra nada. Mi auto cada tanto se rompe y me deja a pie hasta que junte dinero para arreglarlo. Puedo llevar el carrito con las verduras, lo peor es hacer esa tarea cuando hace calor. Siempre prefiero el frío de la montaña que el calor. Cuando volví a casa, mi madre me contó que alguien quería un pedido grande de verduras, quedaba a unos 15 kilómetros.

A la noche, cuando cantan los grillos, tuve un recuerdo. Una vez, se enteraron que había vuelto al pueblo, algunos hombres quisieron darme una visita nocturna. En el campo se escucha hasta el mínimo ruido. Los escuché a una cuadra y media, un grupo de ladronzuelos de poca monta que creen que la ley no es para ellos. Esperé hasta que se acercaran con mi hermoso rifle, poniendo mi mejor voz grave:

\_ ¡Un paso más y disparo!

Mi cara de enojada desfigurada al ver la media sonrisa en la cara del "líder", uno que vamos a llamar Homero, que se hacía el simpático. Me dijo:

\_ Eh, Alina, pasamos un rato, una visita.

Se atajaba con la mano, yo apunté y cuando dio un paso más, disparé al cielo como advertencia. De la gallardía matona no quedó ni la sombra, los muy cobardes corrieron.

Se corrió la voz de que soy una loca que tiene un rifle, y a mí me gustó por primera vez un rumor. A veces escuchaba disparates inventados, que le había volado los dedos de la mano, pero me servía así nadie se metería conmigo. Homero tenía fama de que se aprovechaba de las mujeres menores que él, tenía algunos amigos con un poco de poder que lo protegían para no ir preso.

Presente. Iba a entregar un pedido, era lejos y no conocía la casa. Después supe que era una trampa de Homero y su banda. En el camino tuve un mal presentimiento al que debería haberle hecho caso. Otra vez recordé mi infancia, cuando quería ser una bailarina que representara a Kitri de Don Quixote en el teatro Colón. Pero me lesioné y conocí no sólo el dolor corporal sino la decepción por mis sueños rotos. Lo bueno de toda esa etapa fue haber conocido la nobleza y percepción de los caballos con los que hice terapia.

Sólo recuerdo que un caballo apareció de la nada y me salvó de la muerte, mi cabeza latía recostada sobre su lomo y me dolía el cuerpo, el caballo

trotaba sin parar en medio del campo.

Por un contraste de mi cerebro, en los momentos malos, reproduce canciones que no se relacionan con lo que está ocurriendo. En mi mente sonaba "Kiss me" de Sixpence none the richer. Una disociación.

No tenía ningún hueso roto, me dolía la cabeza y la espalda como si tuviera los moretones que luego vi, el caballo respiraba y se ve que estábamos solos porque hasta eso se oía.

A lo lejos se divisaba una cabaña, una mujer salió con un niño en brazos que luego se escondió detrás de su falda.

\_ Hola\_ atiné a decir con la garganta seca y me desplomé.

La mujer sintió compasión, me cedió un plato de comida, agua y con la ayuda del espejo de su baño curé algunas heridas.

Al salir de la cabaña, el caballo se había ido, no pude agradecerle lo suficiente. Me salvó y volvió a su hogar. Tenía mi bolso y mi rifle, esperando para defenderme en cualquier momento.